

Bajo sus auspicios vamos á ofrecernos á Dios, como María, diciendo con igual resolución que ella: *In æternum non obliviscar justificationes tuas, quia in ipsis vivificasti me. (Ibid.)* Mi palabra está empeñada, Señor; á Vos pertenezco, y vuestro seré por siempre; pues por vuestra misericordia tengo el corazón dispuesto á ello. Olvideme yo de mí mismo, si un día olvidase al Maestro, que cuando me impone obligaciones, no tiene otra mira que la santificación de mi alma, y mi supremo bien, junto con su gloria. *Quia in ipsis vivificasti me.* Hubo en mi vida, demasiado cierto es, y por ello me confundo, tristes vicisitudes que me hicieron apartar de Vos, desobedeciendo vuestros mandatos; pero también es cierto, Señor, que quiero reparar como es debido aquellas faltas. Lo puedo aún, y lo ejecutaré. ¡Desgraciado de mí, si en lo sucesivo no tengo delante de mis ojos la ley santa que recibí de Vos, observándola exactamente, y tomándola por regla de todas mis acciones! Con tal guía, y siguiendo á tan seguro conductor, jamás saldré del camino recto, no obstante los escollos en que podría precipitarme, llegando por fin al puerto de la bienaventuranza eterna. Que os deseo, etc.

BRETONNEAU.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—María se consagra á Dios en su infancia.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—La santidad de María se acrecentó.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—Bendiciones concedidas al sacrificio de María.

Quæ sivi sapientiam a juventute mea.
Busqué la sabiduría desde mi juventud.

(ECCII., LI, 18, 20.)

PRIMERA CONSIDERACION.

MARÍA SE CONSAGRA Á DIOS EN SU INFANCIA.

EL deber más estrecho é indispensable de la criatura racional es la de amar á su Criador, uniéndose á El, y eligiéndole por su fin último. Santo Tomás enseña expresamente que comete pecado grave el que no hace esta elección desde que el discernimiento empieza á desenvolverse, disipando las nubes de la infancia, es decir: desde que llega á la edad en que puede hacer uso de su razón y de su libertad. Sin detenernos á fijar precisamente el momento en que esto sucede, hemos de convenir en que el niño que usa ya de su razón está obligado, en cierto período, á cumplir con el primer mandamiento, que es amar á Dios sobre todas las cosas, y á ofrecerle, á lo menos en conjunto, sus acciones, porque cometería un criminal trastorno del orden poniendo su bienaventuranza y último fin en los bienes materiales.

¡Oh, y cuán poco conocido, y ménos practicado aún, es este deber! Las inclinaciones de la naturaleza, el aire contagiado que se respira en el siglo, las máximas perniciosas, los perversos ejemplos, la mala educación, la fuerza de la costumbre, arrastran consigo á la mayor parte de los cristianos corrompiendo su inocencia. Como sienten gusto en seguir los movimientos de la concupiscencia y mucho trabajo en combatirlos, el mayor número se pervierte casi en el seno mismo de su madre.

En el de la suya se consagró María á Dios, si hemos de creer á algunos piadosos Doctores; pero en lo que no cabe divergencia es en

que María cumplió este deber esencial, en cuanto estuvo en disposición de ejecutarlo. En efecto, desde que su alma fué capaz de conocer y su corazón de amar, se dirigió al Autor de su vida y le amó con todas sus potencias: *Ego dilecto meo*. Los primeros rayos de la gracia que brillaron en su espíritu, la hicieron comprender cuán suave es llevar el yugo del Señor desde la juventud más tierna, y cuán peligroso el comercio mundano para la virtud. No fue otro el motivo de tomar la generosa resolución de huir del mundo, obedeciendo sin dilación á la voz interior que le decía, como á Abraham, dejase su familia y parentela, aunque no era idólatra, como la del santo Patriarca. Mostróse muy sumisa y afecta á la Ley de Dios, porque consideraba que, no conformándose con ella, desagradaría al Señor que tenía formados desde la eternidad tan gloriosos designios acerca de su persona. ¡Oh prodigios de la gracia! En la época en que los demás niños no conocen siquiera su individualidad, ni tienen otra ocupación que sus juegos infantiles, conságrase María al Señor, y elevándose por medio de una fe clarísima á la región más alta que las sombras y ceremonias de la Ley, se hace la primera adoradora en espíritu y verdad que tuvo el Padre Eterno. ¡Oh! ¡Cuánta santidad y religión rebosaban del pecho de María en el instante de consagrarse! ¡Cuán gran desprecio del mundo y de todo lo que el encierra de grande, delicioso y bello! ¡Cuán ardientes deseos de los bienes invisibles! ¡Cuán profunda humildad, cuán angélica pureza, cuánto celo por la gloria de su Dios! ¡Qué hambre y sed de justicia y de la perfección á que se sentía llamada! Verdaderamente fué agradable á Dios, y no podría dejar de serlo, tan preciosa y cara ofrenda. En cuatro mil años no había podido presentar el mundo otra semejante, porque no hubo pura criatura en el trascurso de los siglos capaz de ofrecer un sacrificio de tan agradable olor. Ni los mismos ángeles han llegado á ver hasta ahora tantas riquezas espirituales juntas, no ya en esta tierra de maldición, pero ni aún en el Cielo entre los sagrados Coros. ¡Con cuanta complacencia debió de contemplar el Padre Eterno á su amada Hija! ¡Qué deseos no sentiría el Verbo divino de revestirse de nuestra humanidad en las castísimas entrañas de María! ¡Cuánto esmero hubo de poner el Espíritu Santo en formar y embellecer aquel santuario viviente! Por más esfuerzos que el entendimiento haga, no alcanzará nunca á comprender la profusión de dones y de privilegios que encierra ese preciosísimo vaso.

SEGUNDA CONSIDERACION.

LA SANTIDAD DE MARÍA SE ACRECENTÓ.

La santidad naciente de María Santísima, lejos de disminuir, no hizo más que crecer y perfeccionarse, al modo que la luz del sol camina á su plenitud hasta llegar al mediodía. Añadiendo á cada instante cuidados á cuidados, deseos á deseos, y llama á llama, corría por el camino de la perfección á paso de gigante sin volver nunca atrás la vista. ¡Ah! ¡Cuán admirable se ostenta la tierna Virgen, unas veces entregada á la oración, otras á la lectura de los Libros Santos, ya hablando á su Dios, ya escuchándole; ora tributándole honor en sus Sacerdotes ó Ministros, ora preparando por sí misma las vestiduras sagradas de los servidores del Templo, ora ejercitándose en los oficios más humildes y secundarios de la casa del Señor, y siempre obedeciendo á todos, vivificando sus actos más indiferentes con las altísimas disposiciones de su alma, cumpliendo, en fin, toda justicia y santidad! Su boca permanecía cerrada, menos para las alabanzas del Señor y los cánticos sagrados. ¡Y como si el día fuese demasiado corto para emplearle en piadosos ejercicios, tomaba de la noche una buena parte para dedicarla á ellos! Sus ojos inspiraban modestia y recogimiento; y su presencia, en cualquier parte donde tenía necesidad de dejarse ver, era la de un ángel purísimo, sirviendo á todos siempre ó de ejemplo ó de repreensión.

Nunca persona en el mundo caminó en la presencia de Dios con mayor fidelidad. ¡Cuántas veces, Señor, visteis á la incomparable Virgen anonadándose y abismándose ante vuestra Soberana Majestad, reconociendo no ser por sí misma otra cosa que polvo, ceniza, nada á vuestros ojos! ¡Cuán preparado se hallaba su corazón para ejecutar vuestra voluntad santa, no gozándose esta sierva fiel en nada que no fueseis Vos, y conjurándoos con suspiros inflamados á que enviaseis el Mesías, haciendo que las nubes lloviesen el Justo y la tierra germinase al Salvador! Pero sobre todo, ¡cuántas veces la oíais decir en el fondo de su corazón, como la Esposa de los Cantares, que languidecía de amor! Este fué el motivo, C. O., de que consagrara con voto su virginidad á Dios, sabiendo ya lo que después dijo el Apóstol, que la mujer casada, en fuerza de los deberes de su estado, se ha de esmerar en complacer á su esposo, aplicándose á las cosas temporales, todo lo cual divide sus afectos y distrae su atención. Sabiendo esto la Virgen, se resuelve á conservar sanos el cuerpo y el espíritu, y á no agradar á otro que al Señor, sirviéndole completamente, sin dar participación á otro en su cariño. De este modo fué María la primera que levantó el estandarte de la virginidad, virtud evangélica que, andando el tiempo, pobló la tierra de nuevos habitantes, cambiándola en un cielo. Ved hoy á María coronada ya por Reina

de las Vírgenes; pero observad como á pesar de su nuevo engrandecimiento, guarda su corazón con la posible vigilancia; pidiendo á su Amado sea por sí mismo la cerradura y sello que haga inaccesibles á las criaturas todos los caminos por donde puedan acercarse á su alma, sabiendo que Dios es más celoso aún de la pureza del espíritu, que de la del cuerpo.

TERCERA CONSIDERACIÓN.

BENDICIONES CONCEDIDAS AL SACRIFICIO DE MARÍA.

El sacrificio, tan pronto, tan lleno y tan entero que hizo María de sí misma, fué un abundante manantial de bendiciones en el transcurso de su vida. Dios, que no se deja vencer en generosidad, vertió á manos llenas en el alma de la Virgen un torrente de gracias, hasta tal punto, que sería más fácil contar las estrellas del cielo y las arenas del mar, que los tesoros con que fué enriquecida, y que María multiplicó incesantemente, casi hasta lo infinito, y de una manera incomprendible al entendimiento humano. ¡Pluguiera á Dios que hubieseis conservado vosotros la inocencia bautismal, llevando gustosamente el yugo del Señor desde la juventud! Vuestra paz habría sido tan profunda como los senos del mar. ¡Oh! ¡Cuán grande es el destrozo que causa en el alma el pecado! ¡Cuán debilidad y languidez deja en ella! ¡Cuán difícil es borrar la funesta huella de los vergonzosos placeres, y cuán fácil renovarla! Por eso, en vez de progresar continuamente en la perfección, olvidándose santamente del mundo, para ocuparse en Jesucristo, se ve el hombre devorado por los remordimientos, agitado por las consecuencias de costumbres culpables, y en un continuo peligro de enredarse de nuevo en los lazos del pecado.

¡Dichoso aquel que, habiendo aplicado su alma desde niño á los ejercicios de piedad, puede decir con un Profeta, que no ha conocido á Babilonia, ni ha visto jamás el lago, y mejor dicho, el mar de intrigas, de cábalas y de pasiones desencadenadas del mundo; que ha sabido preservar su corazón de la malignidad; que ha huido desde muy temprano de la seducción, de los deleites, y que no ha celebrado alianza nunca con la muerte! ¡Dichoso aquel cuyo cuerpo y alma se han plegado á la virtud, hasta el punto de connaturalizarse con ella! El será quien venza sin trabajo los innumerables óbices abultados por la imaginación, ó realizados por la indolencia, hasta hacerlos invencibles. Semejante dicha es rara; pero sin embargo, no hay por qué desesperar de conseguirla, porque la gracia es más fuerte que nuestra debilidad. Aún puede repararse lo pasado. Si nuestro sacrificio es tardío, que sea á lo menos entero é irrevocable.

¿Creéis hacer demasiado entregándoos á Dios; empleando las fuerzas y la vida que os restan, en amarle y servirle, en justa expiación de tantos desórdenes, y de un olvido de Dios tan grande, que por sí solo merecería que os borrara para siempre del libro de la vida? ¿Deliberaremos aún si debemos ó no entregarle nuestro corazón? ¡Oh vergüenza! Queremos parecernos á aquellas víctimas que eran desechadas, porque se resistían á ir voluntariamente al altar. ¡Qué violencia sentimos! ¡Qué frialdad! ¡Cuántas reservas y restricciones al determinarnos! ¡Cuántas nuevas caídas después de habernos levantado! ¿Es posible que Dios, al ver tanta tibieza, no se mueva á indignación y nos arroje de sí? ¡Ah! ¡Cuán poco unidos estamos á El! Cuando los lazos de la caridad están tan flojos, resulta una caridad que podríamos llamar de caña por cuanto que cede al más ligero viento, y mucho más si se la pretende juntar con la concupiscencia, poniendo en armonía la ambición, la vida muelle y sensual, la disipación y entretemientos profanos, con la devoción, á fin de cumplir con Dios por medio de algunas prácticas exteriores y al mundo siguiendo sus corrompidas máximas. ¡Desgraciados los hombres de doble corazón! Jesucristo pagó sobrado caro nuestro rescate, para no merecer poseernos por entero.

Cuando un corazón, después de haber gustado el dón de Dios, y de haberse alimentado de su santa palabra, y de la esperanza de los bienes eternos, llega á corromperse, aborreciendo el manjar celestial, para cebarse de nuevo en las viles criaturas, aseméjase al que vuelve la espalda á los tesoros positivos, para asir la sombra de ellos, ó para abrazarse con la basura: *Amplexati sunt stercora.* (THREN., IV). ¿Habéis pensado, pérfidos discípulos de Jesús, lo que hacéis cuando de este modo os proponéis juntar á Dios con el mundo? Pues cometéis la monstruosidad de comparar á Jesucristo con el demonio, prefiriendo á este último, y dándole una officiosa satisfacción de haber renunciado á sus detestables obras en el bautismo. ¡Oh perversidad! ¡Oh locura! ¡Oh desatentamiento! Increíble parecería tal exceso, si la experiencia no nos convenciese con sobrada frecuencia de que es más común de lo que conviniera. Para prevenir tamaño infortunio, evitando que el demonio entre en nuestra alma con otros siete espíritus más perversos que él, no tenemos otro recurso que temer, velar y orar. Nutramos nuestro corazón de vivos sentimientos de gratitud, considerándonos como un pajarillo que ha logrado escapar de la red del cazador, como un cordero arrancado de las fauces del lobo, ó como un árido tronco sacado del medio de un incendio. Conservemos cuidadosamente el espíritu interior de penitencia, y practiquemos sus obras con arreglo á nuestras fuerzas; porque mientras dure la guerra entre la materia y el espíritu, mientras haya pasiones que combatir, y virtudes que defender, no debemos retirarnos del campo de batalla, aguardando para descansar á que el Espíritu Santo nos lo ordene en la otra vida.

Permitid, Señor, que renovemos en vuestra presencia nuestra con-

sagración bautismal. Preciso será que abramos los ojos, aunque tarde, para comprender la santidad de aquellas promesas, y la obligación que con ellas nos impusimos; obligación que hemos quebrantado indignamente, junto con aquellos votos tan santos y solemnes. ¡Oh! ¡Cuán tarde os he amado, hermosura antigua, y siempre nueva! ¡Perezca el tiempo que he vivido olvidado de mis deberes! He adorado, Señor, dioses extraños, con desprecio del supremo culto que por tantos títulos os debía. Siento dolor, y dolor grande, de no haber conocido ni estimado suficientemente hasta ahora, la excelencia é infinitas ventajas de tan santa vocación, prostituyendo mis primeros años á la culpa. Ratifico, pues, confiado únicamente en los auxilios de vuestra gracia, el contrato que celebré con Vos. Sí, Dios mío, yo y mis hermanos aquí presentes, volvemos á renunciar para siempre al mundo, á Satanás, á sus pompas, á sus concupiscencias, al pecado, á nosotros mismos, á todo, en fin, cuanto tenemos de la raza de Adán, para revestirnos de Vos, y vivir según las inclinaciones celestiales que nos inspiráis. Curad nuestras profundas llagas, y no permitáis que se vuelvan á abrir, pasándonos al bando de vuestros enemigos. ¡Oh Jesús! ¡Qué vacío tan horrendo queda en el alma que os deja para sumergirse en el lodo de los vicios! Preservadnos, Señor, por vuestra infinita misericordia, de tan espantosa calamidad.

Santísima Virgen, Madre del Verbo Encarnado, tened presente que también sois Madre de los que somos miembros de Jesucristo. Sed Madre de nuestra alma, ayudándonos con vuestra intercesión poderosa, á formar á Jesucristo en nuestro corazón. Alcanzadnos una parte de aquellas admirables disposiciones con que os presentasteis en el Templo, ofreciéndoos al Señor en amoroso holocausto. Suplid lo que de imperfecto y defectuoso haya en nuestro culto y en nuestras ofrendas, presentándonos al Padre Eterno, el cual no puede desechar lo que de vuestra mano vaya. Haced, finalmente, que empleemos las gracias que nos adquirió la sangre de vuestro divino Hijo, mereciendo recoger el fruto de ella un día en el templo de la gloria eterna.

DISCURSO

PARA EL DÍA 7 DE MAYO.

LA ANUNCIACIÓN.

PLAN.

EN ESTE MISTERIO SE DESCUBRE:

PUNTO PRIMERO.—El abatimiento de Dios.

SUBDIVISIONES.—1. En su naturaleza.—2. En su persona.—3. En sus perfecciones.

PUNTO SEGUNDO.—La elevación de María.

SUBDIVISIONES.—1. En su naturaleza.—2. En su persona.—3. En sus perfecciones.

PUNTO TERCERO.—Elevación y abatimiento del hombre.

SUBDIVISIONES.—1. Elevación.—2. Abatimiento.

Ecce concipies in utero et paries filium.
Hé aquí que concebirás en tu seno, y parirás un hijo.

(Luc., i. 31.)

EL plan de la redención del hombre encierra una infinidad de prodigios. ¿Qué cosa más para asombrar que un Dios desarmando su justicia y olvidando, si se me permite hablar así, su propio interés por otorgar merced al pecador? Y con todo, A. H. M., por admirable que sea el plan de la redención, son infinitamente más admirables los medios empleados para realizarla. Necesitábase que Dios se hiciera hombre, que el Verbo Eterno se encarnara; encerrando toda la inmensidad de su grandeza y de su gloria en el seno de una Virgen, reconociendo á esta misma Virgen por Madre suya, y sometándose con verdadera dependencia á ella. Ved aquí, H. M., por una parte un asombroso abatimiento, y por otra una sorprendente elevación. ¿Cabe mayor abatimiento en un Dios que desciende á ser hombre, en un Dios hecho carne, en un Dios sujeto á servidumbre y dependencia? Pero ¿cabe mayor elevación en una Virgen hecha Madre de Dios, dando el sér y la vida á Dios? Tal es, cristianos, el misterio que venera